



SEGUNDA PARTE

QUERÉTARO

Novela en cinco jornadas

DRAMATIS PERSONÆ

- MAXIMILIANO, Emperador de México.
DON MANUEL GARCÍA AGUIRRE, ministro.
GENERAL DON LEONARDO MÁRQUEZ, jefe de Estado Mayor y lugarteniente del Imperio.
GENERAL DON MIGUEL MIRAMÓN, jefe de la infantería en Querétaro.
» » TOMÁS MEJÍA, jefe de la caballería.
BARÓN DE LAGO, Ministro de Austria.
» » MAGNUS, Ministro de Prusia.
M. HOORIKS, Ministro de Bélgica.
SIG. CURTOPASSI, Ministro de Italia.
GENERAL DON RAMÓN MÉNDEZ, jefe de las reservas.
» » SEVERO DEL CASTILLO.
» » SANTIAGO VIDAURRI, ministro.
» » MANUEL RAMÍREZ DE ARELLANO, jefe de la artillería.
» » TOMÁS O'HORAN, comandante de la plaza de México.
» » JULIÁN QUIROGA.
» » FÉLIX, príncipe de Salm-Salm.
CORONEL PRADILLO.
» ORMAECHEA.

CORONEL MIGUEL LÓPEZ, encargado del punto de la Cruz.

» AQUILES LAPIERRE, de la gendarmería imperial.

DOCTOR SAMUEL BASCH.

EL CURA DE TLALNEPANTLA.

JABLOWSKI.

EL PADRE SORIA.

SUBTENIENTE HANS.

GRILL.

TÜDOS.

DOÑA CONCEPCIÓN LOMBARDO DE MIRAMÓN.

INÉS, princesa de Salm-Salm.

JOSEFINA FERNÁNDEZ DE UBIARCO.

EUGENIA UBIARCO DE OLIVOS.

DON BENITO JUÁREZ, presidente de la República.

DON SEBASTIÁN LERDO DE TEJADA, ministro de Relaciones y de Gobernación.

DON JOSÉ MARÍA IGLESIAS, ministro de Justicia y de Hacienda.

GENERAL DON PORFIRIO DÍAZ, jefe del ejército sitiador de la ciudad de México.

GENERAL DON MARIANO ESCOBEDO, jefe del ejército sitiador de la ciudad de Querétaro.

GENERAL DON RAMÓN CORONA, segundo jefe del ejército sitiador de Querétaro.

GENERAL VÉLEZ.

CORONEL RINCÓN GALLARDO.

» VILLANUEVA.

» PALACIOS.

» ASPÍROZ.

» PLATÓN SÁNCHEZ.

MIGUEL CABALLERO DE LOS OLIVOS.

LUIS QUIROZ.

PEPE BRAMBILA.

Damas peticionarias, militares, cronistas, abogados, sacerdotes, soldados ejecutores, médicos, vecinos de Querétaro y de México, criados, etc., etc.

La escena ocurre en las ciudades de Querétaro, México y San Luis Potosí, de Febrero á Junio de 1867.

JORNADA I

ESCENA PRIMERA

La escena representa la casa cural del pueblo de Tlalnepantla. El Emperador se desayuna en compañía de Márquez, el ministro Aguirre y el Dr. Basch. Mesa bien abastecida, pero exenta de lujos. Maximiliano, al parecer, tranquilo y satisfecho, toma los últimos sorbos de su colación matutina. Acaba de quitarse el capote militar que le incomodaba, y luce el uniforme de general de división mexicano — levita con grandes charreteras, pantalón azul y botas fuertes. — Al ver entrar al cura, se levanta respetuosamente y besa la mano del sacerdote con afectada unción.

EL CURA

Sentados, Sire, sentados; sírvase V. M. continuar en su sitio, que bastante honor le otorga á este pobre sacerdote haciendo penitencia en su compañía, para que se le aumente alzándose de la mesa á su presencia... Y dispéñseme el Emperador si salí un momento á mirar las cosas de la parroquia y á cuidar que todo estuviera á punto, que si no se atiende personalmente á estos arreglos, los criados hacen cada atrocidad....

MAXIMILIANO

Déjese de excusas, señor cura, déjese de excusas, que todo está exquisita y sabrosamente preparado, como que le

aderezaron las dos salsas que mejor sirven para los manjares: la del hambre y la de la buena voluntad.

EL CURA

Sire...

MÁRQUEZ

(El General don Leonardo Márquez es bajito, delgado, nervioso, de voz gruesa é imperativa. Lleva toda la barba negra y espesa, y á pesar de ella se le nota una cicatriz que le cubre toda la mejilla derecha. Viste uniforme de campaña, y en la mirada, en la actitud, en el gesto, en todo, se reconoce al hombre colérico, cruel y vengativo y al soldado hecho á los azares de la guerra y á los rigores de la ordenanza.)

¿Y qué nos dice de las gavillas el señor cura? Los bandidos han de merodear por aquí más de la cuenta...

EL CURA

(Cubriéndose la cara con las manos y haciendo aspavientos de dolor y de enojo.)

¿Que si abundan, señor? Con decirle que no hay por aquí hacienda en que no caigan, ni res que no desuelen, ni peón que no cojan de leva, ni mujer que no estupren ó no violen... Es una tristeza, señor, es una pena ver lo que pasa. Nada menos ayer por la mañana llegó la guerrilla del maldito Fragoso, y zas, zas, echó dos ó tres manganas á los palos del telégrafo, y allá vienen por el suelo, rompiéndose los alambres y quedándose entre las nopaleras del camino los vidrios esos que les dicen aisladores... Son unos bárbaros, señor, hablando con perdón.



—¿Y qué nos dice de las gavillas el señor cura?

MÁRQUEZ

(Que ha estado comiendo con muestras de visible precipitación, se enfosca más á medida que el clérigo avanza en su narración. De pronto la interrumpe, y sin tener en cuenta la presencia del Emperador, arroja el cuchillo sobre la mesa y exclama, rojo de cólera:)

Pero ¿qué me cuenta usted, señor cura, si les conozco desde hace muchos años?; si les conozco... vamos, como si les hubiera acabado de desensillar... Gritan progreso, industria, protección á la agricultura, sostén para el trabajador pobre, y ya ve usted, todo lo destruyen, todo lo acaban, lo mismo el grano de las sementeras que los productos del ganado ó el honor de las mujeres. ¡Canalla inmunda, raza de hipócritas!... Y miren quién destroza el telégrafo y se lleva los alambres: los progresistas, los que pasan la vida hablando de los adelantos y de la ciencia y de todas esas tonterías con que han arruinado al país y descatoquizado á los pueblos...

(Golpea la mesa con la palma de la mano y hace vacilar los botellones que rezuman agua, tintinear las copas y vasos y derramarse las tazas de chocolate que acaban de colocar los mozos. Instante de silencio; al fin alzan la voz el Cura y el ministro Aguirre.)

EL CURA

Es claro, sí, señor, ya les había definido el Evangelio: sepulcros blanqueados, raza de víboras...

AGUIRRE

Ya lo creo; la verdadera época de las garantías individuales y sociales; la época de una justa igualdad que eleva las clases oprimidas hasta el nivel de las que sobre ellas pesaban; la época de los esfuerzos extraordinarios en favor de nuestro progreso; la época del bien: tal ha sido hasta hoy el Imperio...

MAXIMILIANO

(Que casi no ha oído la conversación ni terciado en ella, se asoma á la ventana del curato desde donde descubre un vasto panorama: los trigales recién segados muestran como heridas abiertas arroyitos de agua que se tiñen de rojo con las primeras luces del sol; el caserío del pueblo empieza á despertar; la campana, que vibra sobre la cabeza de los comensales, parece que marca el ritmo del andar de los contados campesinos que pasan con sus instrumentos de trabajo al hombro é ignorantes de que á su lado se halla la excelsa visita. Un muro verdinegro, velado por los vapores de una charca inmediata, anuncia la presencia de un gran bosque de ahuehuetes. Los circunstantes se ponen en pie y forman corro cerca del Emperador, que empieza á hablar al principio con marcado acento alemán; después, á medida que se enardece y entra en materia, en clarísima lengua castellana, aunque un poco amanerada y más aprendida en los libros que en la conversación corriente.)

Hermosa feligresía, señor cura; debéis de vivir aquí lleno de paz y de comodidades; seguramente por vos dijo el clásico

Que pasáis vuestra vida
Muy libre ya de trabajosa pena.

Segura la comida
Y mucho más la cena,
Llena de risa y de pesar ajena.

EL CURA

Sire...

MAXIMILIANO

Mirad allí el viejo bosque de ahuehuetes; parece la entrada de un templo, de un templo perfumado con todas las plegarias y todos los votos que se exhalan del pecho de los míseros mortales. Hay en el bosque tal paz, tanta quietud, tamaño silencio, que cuando se penetra en él, olvida el alma, sin quererlo, las pequeñeces de este bajo suelo. Estos árboles, *Taxodium distichum*, que constituyen la maravilla de Chapultepec y de otros pintorescos lugares del Valle de México, significan en la lengua de los indios tanto como tambor de agua, pues anuncian la vecindad de los manantiales. El *Taxodium*, como las añosas encinas de los germanos, como los tilos de los eslavos, como las palmeras de Balbeck y de Palmira, es un indicio del antiguo imperio indiano. En el bosque sagrado de Chapultepec, bajo la inmensa bóveda formada por las ramas de estos árboles antiguos que igualan en altura á las más elevadas torres, celebraba Moctezuma sus místicos sacrificios á orillas de las frescas corrientes; poseía también otro sitio predilecto en la ribera del lago de Texcoco, sembrado asi-

mismo por aquellos titanes del reino vegetal. Uno de los más colosales se eleva todavía erguido en el actual cam-



posanto de Tacuba; el pueblo le llama el árbol de la noche triste. Sentóse á su pie Cortés, el atrevido aventurero, después del famoso combate nocturno en que se vió momentáneamente desalojado de México; y allí, aquel hombre de fierro lloró amargamente. Fué la única vez en el curso de su vida, tan fecunda en peligros y riesgos, en que la tristeza y el abatimiento pudieron doblegar aquella alma heroica. Siempre me ha conmovido de una manera extraordinaria este pasaje de la vida del gran conquistador, por cuanto nos enseña lo que con numerosos ejemplos nos muestra la historia, y es que aun los ánimos más férreos y tenaces tienen momentos en que se creen

abandonados de la suerte, y caen en la postración. Si en tales momentos no sobreviene una reacción saludable, quédase el hombre aniquilado, y se puede asegurar que su estrella se puso para siempre. Federico el Grande, en su primera campaña de Silesia, tuvo uno de esos momentos, en que sus generales hubieron de hacer mil esfuerzos para impedirle que huyese cobardemente. En cuanto á la estrella de Cortés, no la obscureció sino pasajera nube; irguióse él como reforzado por su dolor, y llevó á feliz término su atrevida empresa...

abandonados de la suerte, y caen en la postración. Si en tales momentos no sobreviene una reacción saludable, quédase el hombre aniquilado, y se puede asegurar que su estrella se puso para siempre. Federico el Grande, en su primera campaña de Silesia, tuvo uno de esos momentos, en que sus generales hubieron de hacer mil esfuerzos para impedirle que huyese cobardemente. En cuanto á la estrella de Cortés, no la obscureció sino pasajera nube; irguióse él como reforzado por su dolor, y llevó á feliz término su atrevida empresa...

MÁRQUEZ

(Interrumpiendo el acceso de lirismo del Emperador.)

Si le parece á Vuestra Majestad, podemos ordenar la salida.

MAXIMILIANO

(Como volviendo de un sueño.)

¡Ah, sí, general Márquez!...

(Se pasa la mano derecha por la frente, mira el reloj en medio de una suprema inconsciencia, y exclama de pronto:)

Perdonad; tenemos que esperar á don Santiago, y vale la pena de permanecer algún rato cerca de este excelente párroco.

(Mientras Maximiliano departe con el sacerdote, y según parece le da una conferencia botánico-arqueológica, Márquez se separa del grupo y dice al Emperador:)

Si Vuestra Majestad me lo permite...

MAXIMILIANO

Id, general Márquez, id.

MÁRQUEZ

(Volviendo al comedor é inclinándose ante Maximiliano.)

Cuando Vuestra Majestad lo ordene, todo está dispuesto.

MAXIMILIANO

(Abrazando al Cura y, al parecer, resumiendo una conversación empezada.)

Sí, señor, latino-bizantino y así no habrá que derribar ninguno de los hermosos colaterales churriguerescos que el buen gusto de usted desearía no se perdieran... Adiós, señor cura, encomiéndeme á la Virgen en sus oraciones.

EL CURA

(Alegre y festejoso.)

¡Que Dios y nuestra Madre Santísima de Guadalupe lleven por buen camino, por el camino en que pueda anoadar á los enemigos de la fe, á Su Majestad Maximiliano el Pacificador!

(Dirigiéndose á un grupo de oficiales que esperan la salida del Archiduque con la cabeza descubierta y prontos á montar en los caballos que tienen del diestro.)



— ¡Que viva, que viva el Emperador!

¡Señores, viva el Emperador!

LOS OFICIALES DEL CORTEJO

(Cuadrándose y llenos de entusiasmo:)

¡Que viva, que viva el Emperador!

ESCENA SEGUNDA

Los mismos y el general don Santiago Vidaurri.

El camino de Calpulalpan; unos cuantos guerrilleros interrumpen el paso de la tropa. Suenan descargas de fusilería; los republicanos, en sus caballitos ligeros y de corta alzada, pasan sin cesar frente al grupo que forman los del Estado Mayor de Maximiliano.

Márquez examina el terreno, y devolviendo al Emperador el ante-ojo que le ha prestado, le dice recapitulando cosas pasadas:

MÁRQUEZ

Sí, este es el lugar en que González Ortega deshizo á nuestro joven Macabeo. Observe Vuestra Majestad cuán fácil habría sido para un mediano general destruir á las chusmas liberalescas... Aquí, á la derecha, media batería; cerrando esa garganta, dos batallones; á la vuelta de aquella colina, la caballería, y la reserva detrás de aquella eminencia que se descubre á la izquierda.

MAXIMILIANO

(Meditabundo y soñador.)

¡Qué triste país!...

TOMO IV.—94

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
10do. 1625 MONTERREY, MEXICO